



Ensayo

**CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ
MICHAEL**

**Octavio Paz
en su siglo**

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Aurelio Asiain, Fabienne Bradu,
Adolfo Castañón, Enrique Krauze
y Guillermo Sheridan*

AGRADECIMIENTOS

Le debo gratitud a varias instituciones y a muchas personas sin las cuales este libro nunca habría sido planeado ni escrito. El primer impulso lo recibí de la extinta Fundación Octavio Paz, que me otorgó una beca durante el año 2000 para empezar un proyecto que se extendería mutando a lo largo de casi quince años. En 2006 la John Simon Guggenheim Foundation me otorgó su benemérita beca, con la cual pude seguir trabajando, y en 2013-2014 la Universidad de Chicago, al concederme la beca Tinker, hizo posible que una noche de verano, viéndome rodeado de todas las comodidades, empezara la redacción final de *Octavio Paz en su siglo*. Ello no hubiera sido posible sin el entusiasmo del historiador Mauricio Tenorio Trillo, director del Center of Latin American Studies de la Universidad de Chicago y de su equipo. Mauricio, de anfitrión, pasó a lector atinado e implacable de algunos capítulos del libro. Durante el invierno de esos años pude viajar, gracias a Rubén Gallo, a la Universidad de Princeton, en cuya Biblioteca Firestone se conservan tantos papeles privados y manuscritos, indispensables para un proyecto de esta naturaleza. Escribir este libro en mi condición de investigador asociado de El Colegio de México fue no sólo un motivo de orgullo, sino también una oportunidad que agradezco. Y Enrique Krauze, al invitarme a ser el editor literario de los programas de Clío/TV para festejar los centenarios de Octavio Paz, Efraín Huerta y José Revueltas en 2014, me permitió hacer entrevistas que me fueron muy útiles para enriquecer este trabajo.

Entre las personas que me ayudaron, sin contar a aquellas que me concedieron explícitamente entrevistas o res-

pondieron a mis preguntas por escrito, destaco a Olbeth Hansberg-Rossi, Daniel Domínguez Michael, Martha Donis, Ángel Gilberto Adame, Julián Étienne, Hilda Larrazábal Cárdenas, Viviana Motta, Paulina Oria, Carlos Armella, Elena Poniatowska, Aurelio Asiain, Fabienne Bradu, Adolfo Castañón, Fernando García Ramírez, Malva Flores, Dean Borges, Joel Ortega, Miguel Ángel Merodio, María y Beatriz Novaro, Martha Lilia Tenorio, Angelina Cué, Jorge F. Hernández, Juan Malpartida, Gloria Prado, Jean-Claude Masson, Adriana Díaz Enciso, Jorge y Antonio González de León Domínguez, Roger Bartra, Tomás Granados Salinas, Alberto Ruy Sánchez, Fernanda Solórzano, Lucía Melgar, Marlene Faustch Arranz y Tomás Calvillo Unna. A la ayuda cotidiana, discreta y eficaz de Astrid López Méndez, mi asistente desde 2012, se sumó su colaboración en la hechura de la cronología y la bibliografía. Sin mis editores mexicanos, Patricia Mazón y, muy especialmente, César Arístides Ramos López, amigo presente en varias dimensiones de mi vida desde hace veinticinco años, el lector no tendría este libro en sus manos. De igual manera agradezco a mis amigos Gustavo Guerrero, mi editor en Gallimard, y Gerseende Camenen, mi traductora al francés, por haber impedido que me perdiese sin remedio por los caminos de la mexicanidad. *Octavio Paz en su siglo* tampoco sería posible sin mi esposa Judith Harders y mi hijo Gonzalo Azocar Harders, quienes toleraron, pacientemente y con humor, mi vasta monomanía.

Coyoacán, julio de 2014.

PRÓLOGO

Muerto Octavio Paz durante la noche del 19 de abril de 1998, varios de los escritores de su entorno nos sentimos comprometidos a escribir un testimonio, pero no nos hermanamos en ese círculo hermético del cual se nos creía secuaces cotidianos. Cada uno, huérfano a su manera, tomó su camino. Nos seguimos viendo casi todos y hacemos, algunos de nosotros, una revista, *Letras Libres*, que es y no es la continuación de *Vuelta* (1976-1998), pero a todos nos llama, obsesiva, la memoria de Paz. Tarde o temprano acabaríamos por escribir un libro sobre el poeta. Aquí está el mío. En el terreno de lo biográfico me han precedido, entre los escritores de *Vuelta*, Guillermo Sheridan (2004) y Enrique Krauze (2011), pero creo que corresponderá a otra generación, lejana de los amores y de los odios de ese siglo XX que Paz encarnó como pocos entre quienes hablamos español, escribir la obra decisiva sobre la vida y la obra del autor de *El laberinto de la soledad*.

Así que este libro no es una biografía definitiva, si es que las hay. Es el testimonio de un crítico contemporáneo que tuvo la fortuna no sólo de leer a Paz, sino además de estar cerca de su irradiación personal e intelectual. Es sólo una de las primeras aproximaciones al derrotero de un clásico y está sujeta, como toda biografía, a envejecer, gracias a las mudanzas del gusto y la apertura progresiva de los archivos. Espero que este libro envejezca rápido, debido a la multiplicación del conocimiento de quien considero uno de los grandes poetas del siglo XX.

Tampoco es una biografía oficial. Aunque el libro está dedicado a los amigos de *Vuelta* con los que participé du-

rante una década en la revista dirigida por Paz, ninguno de ellos leyó una sola página de este *Octavio Paz en su siglo* durante su escritura y edición. A todos ellos los entrevisté profesionalmente para la televisión, y de la información que me dieron me serví con gratitud, como indican las notas a pie de página respectivas. A veces los molesté, como a muchos otros colegas y generalmente por correo electrónico, en la búsqueda de algún dato, una precisión o una anécdota. Debí ser más preguntón, porque acostumbrado desde la infancia a llevar un diario, al registrar en él lo que escuché y vi en mis años en *Vuelta*, pensé que tendría material suficiente: cuando me atreví a consultarlo me encontré sólo con el escenario abrumador de mi propia y banal existencia. A pesar de ello, me serví de esa fuente contemporánea. Así, este libro expresa centralmente lo que yo pienso de Paz, de su tiempo, de sus libros y de mucho de lo escrito por sus críticos, los amigos y los no tan amigos. Un tiempo de Paz que, fatalmente, traté de hacer mío. La medida en que lo logré o la forma en que pudo materializarse ese empeño fatuo será asunto que los lectores decidirán. Este libro, lo acepto, bien puede ser considerado una apología: definiendo la virtud de un poeta y de su poética, que también fue una política del espíritu y una política a secas. Pero sería incapaz de creer que un poeta de advocación surrealista, como él, pudiera ser materia de una hagiografía.

Tampoco es una biografía autorizada. Tomé la decisión de no importunar a Marie José Paz (1934-2018), la viuda del Premio Nobel y el amor de su vida. Preferí esperar hasta que el proyecto estuviera del todo encaminado, concentrándome en hacerle unas cuantas preguntas concisas, como se las hice pocos días antes de que se cumpliera el centenario de Paz. Me contestó con franqueza y encanto. La invité a que leyese el manuscrito y ella prefirió no hacerlo, dándome un voto de confianza que le agradezco desde el cariño viejo y renovado. Acaso en *Octavio Paz en su siglo* dije cosas con las que ella no estaba de acuerdo. Pero Ma-

rilló —así le decía Octavio— creía, como él, en la religión de la amistad: aspiré a corresponderle, menos en la exactitud de mis juicios que en el ejercicio de esa devoción.

Finalmente, mis intentos por entrevistarme con Laura Helena Paz Garro, fallecida casi el mismo día en que su padre cumplía su primer centenario, fueron infructuosos. Tomé sus *Memorias* (2003) como lo que son, la verdad interior de una poeta fallecida a los 73 años, a quien nunca tuve el gusto de conocer, pero en la cual siempre imaginé a una infortunada muchacha. Fue un testigo principalísimo en la vida de su padre hasta sus veinte años y no le pediría a ella lo que rechazaría para mí: juzgar a sus padres con objetividad impoluta y hasta con sagacidad biográfica. ¿Quién puede hacer cosa similar? ¿A cuál de nuestros amigos o familiares le pediríamos ejercitarse en esa ecuanimidad? Más difícil fue merodear entre los papeles, a menudo insoportables de leer, de su madre, Elena Garro (1916-1998), la gran escritora a quien no le fue suficiente con escribir un puñado de novelas en clave donde Paz profesa de villano. Dejó un testimonio sobre el viaje que ella y su marido, recién casados, hicieron a la España de la Guerra Civil en 1937, páginas bastante veraces al contrastarlas con lo recordado por Paz y otros protagonistas de aquel periplo. Escribió, también, líneas escalofriantes y ponzoñosas, que, aderezadas por su asombrosa inteligencia y por una probable perturbación clínica, yo no podía darme el lujo de ignorar, pero cuya veracidad dejó al buen juicio del lector. Nunca la expresión amor/odio fue tan exacta como cuando se habla de aquel terrible matrimonio, lleno, por compensación, de una rica experiencia política y literaria compartida, como ambos lo expresaron en privado y en público.

Como muchos mexicanos de mi generación leí, en el primer año de la preparatoria y por obligación escolar, *El laberinto de la soledad*. No sólo lo leí sino que además escribí sobre ese libro en 1978, indignado y nervioso, mi pri-

mera reseña crítica, tal cual me la pidió mi profesor.¹ Lo que yo decía en ese resumen escolar era una sarta de tonterías marxistoides, olvidables y predecibles en un muchacho de dieciséis años que se aprestaba, como tantos preuniversitarios y universitarios en esa década por tantos motivos siniestra que fueron los años setenta del siglo pasado, a militar en un partido de izquierda. Lo inolvidable son esos nervios que me consumían al escribir contra lo que Paz, ya entonces remoto y todopoderoso, íntimo y distante, pensaba de México y de los mexicanos. El gran poeta, como es natural, nunca se materializaría para leer la tarea de un bachiller que ni siquiera pensaba en publicar esas líneas en el boletín escolar. Ahora todo me queda clarísimo: al leer a Paz y al discrepar de él, como me lo exigía mi circunstancia, había yo contraído la *pasión crítica* predicada por el poeta cuyo resultado, acaso final, sea esta biografía.

Conocí a Octavio Paz en persona el 4 de agosto de 1988 en las instalaciones de *Vuelta*, situadas en aquel entonces en un edificio oficinesco en el sur de la Ciudad de México. Llevaba yo casi un año colaborando en la revista con ensayos y reseñas. En aquella reunión, por iniciativa de Enrique Krauze, subdirector de la revista, y del secretario de redacción, Aurelio Asiain, se formó una mesa editorial destinada a hacer valer un cambio generacional que ellos juzgaban urgente, y se invitó a una decena de jóvenes escritores a integrarse formalmente a *Vuelta*.² Mientras Paz estaba más activo que nunca, convertido en el polémico jefe espiritual de nuestra literatura, sus antiguos compañeros de *Plural* (1971-1976) y de los primeros años de *Vuelta* se habían retirado a hacer su obra, tal cual lo dijo el mismo Octavio esa tarde. Como he podido corroborar leyendo mi *Diario* de esas fechas, llegué allí feliz, nervioso y lleno de sentimientos encontrados. Venía yo de la izquierda intelectual en cuyos periódicos y revistas publicaba desde antes de los veinte años textos de crítica literaria y política; aun-

que algo más leído, empero, era yo aún aquel chamaco de prepa que resumía *El laberinto de la soledad* soñando una discusión con Paz para convencerlo, nada menos, *de que teniendo la razón en principio, estaba equivocado*. Naturalmente, el convencido fui yo. La historia de ese convencimiento, de sus accidentes, ilusiones, decepciones y certidumbres, es otra narración, la mía, en la cual el protagonismo de Paz volvía imposible no escribir este libro.

A lo largo de la última década de *Vuelta*, fui miembro de su consejo editorial (como acabó por llamarse aquella mesa), y me ocupé, sobre todo, de la crítica de narrativa mexicana e hispanoamericana, labor que compartía con Fabienne Bradu. Era —no sé qué piense ella ahora— una posición privilegiada por ser modesta. Paz compartía con su maestro André Breton el desdén por la novela con el cual Paul Valéry, por cierto, había a su vez educado al surrealista. Hombre al día, Paz se cuidaba de expresarlo abiertamente, pero a diferencia de los críticos de poesía o de los poetas mismos, que suscitaban su atención severa y permanente, en el terreno de la narrativa nuestras opiniones le interesaban menos. Como T. S. Eliot en *The Criterion*, Paz leía toda la revista, cada mes, dondequiera que estuviera, lo que no se hacía entre sus “consejeros” ni siempre ni bien, por lo cual estaba al tanto de nuestras opiniones y de los pequeños problemas que a veces le causaban nuestros entusiasmos o anatemas ante cuentos y novelas que dudosamente lo apasionaban.

Paz, como buen moderno, era antimoderno, y hasta pensó en escribir alguna denostación del teléfono como enemigo número uno de la literatura, pero fue un gran conversador telefónico. Durante nuestras conversaciones por ese medio sentí varias veces la tentación de tomar notas no sólo para cumplir correctamente con lo que se me recomendaba —él era el director de la revista de cuya redacción yo formaba parte—, sino además para atrapar algo de sus palabras. Pocas veces lo hice, porque Octavio, cortés y

hasta cálido en persona, podía ser muy intimidante por teléfono. Le hubiera fascinado el correo electrónico, ese regreso milagroso del arte epistolar. Me llamaba con una frecuencia que me emocionaba y enorgullecía. Yo no era, ni con mucho, de los personajes de *Vuelta* más requeridos por Paz, pero tengo mensajes suyos que él mismo le dictaba a mi sirvienta, mal alfabetizada, con una paciencia a la vez rutinaria y asombrosa.

Por teléfono, invariablemente llegaba el momento estelar en el cual Octavio tenía la suprema cortesía no de preguntar “¿Qué está usted escribiendo?”, que entre escritores de rango tan distinto podía ser embarazoso, sino algo más sabio e igualitario: “¿Qué está usted leyendo?” Contestar que la novela de zutano o perengano o los cuentos de fulanita, era tirar por la borda minutos valiosísimos: Paz, según entiendo, nunca se psicoanalizó, pero tenía un uso lacaniano del tiempo. La sesión telefónica, sobre todo, podía durar tres minutos, treinta, o hasta más; era él, sin embargo, quien la cortaba abruptamente, con una malicia que no puedo creer involuntaria. Era mejor decir, falsamente o no, que uno estaba leyendo —no era yo entonces lector de poesía— a Gibbon, a Burke, al agrarista mexicano Andrés Molina Enríquez, a Castoriadis, o a Pérez Galdós, o, en el peor de los casos por la falta de pericia, a Proust o a Kafka, y así ganar minutos de una conversación riquísima para mí, porque su técnica no era el monólogo sino la mayéutica.

Finalmente, yo gozaba de un pequeño privilegio que aprovechaba mucho menos, obviamente, de lo que mi vanidad anhelaba. Paz vivió y murió obsesionado por la aurora que se convirtió en pira sangrienta: el comunismo del siglo XX, primero como ortodoxo, luego como heterodoxo. Pues bien, en aquellos años yo era el único de su entorno que había sido militante del Partido Comunista Mexicano y que conocía un poco la URSS, y me las daba de *connoisseur* de las minucias y sutilezas del bolchevismo y sus herejías. Yo era el indicado, para él, cuando se trataba de saber si el

economista Preobrazhenski había estado en favor o en contra del comunismo de guerra en 1920; si el holandés acusado de prenderle fuego al Reichstag era militante del partido o sólo compañero de viaje; si Anatole France llegó a tener carnet del Partido Comunista Francés o si ésa era otra de las mentiras de Romain Rolland; dónde fue más infeliz Trotski, si en Noruega o en la isla de Prinkipo, donde se le quemaron sus libros al bolchevique como le ocurrió a Paz, o en cuál de las sesiones del VI Congreso de la Internacional el Partido Comunista Mexicano perdió, como diría su amigo José Revueltas, la cabeza. Cuando Paz estaba con el ánimo de esa trivía trascendental, me complacía acompañarlo.

Vuelta fue sólo el núcleo de la familia intelectual de Paz, que era grande e incluía a varios de sus “enemigos tan queridos”, como él los llamaba con frecuencia. A veces, cuando con razón o sin ella nos sentíamos molestos con él, lo encontrábamos más atento con sus enemigos tan queridos que con sus colaboradores más cercanos. Como en toda familia, al menos en la época en que yo pasé por ella, había trifulcas espantosas y reconciliaciones felicísimas; hijos pródigos y ovejas negras; amenazas de cerrar la casa y venderlo todo; refundaciones y revueltas; lágrimas y risas; sobremesas de alto riesgo métrico y encuentros agrestes en el pasillo oficinesco; excomuniones y rehabilitaciones; mezquindad y desprendimiento, suyos, pero también nuestros.

Para los efectos de este prólogo me respondo un par de cosas, curándome en salud por si me preguntan. ¿Fui amigo de Paz? No, de ninguna manera, me digo de inmediato; es imposible que un nieto lo sea de un abuelo, y más tratándose de un hombre que tuvo muchas amistades (él las hubiera llamado, más propiamente, “relaciones”), y más amigos íntimos a lo largo de su vida que los que yo creía antes de averiguar ciertas cosas, leer algunas cartas y escribir este libro. Pero sí, lo fui, si me atengo a su idea filosófica

de la amistad un poco jansenista, es decir, una comunidad, religiosa pero heterodoxa, en la convicción y en la complicidad: un reconocimiento no secreto sino un tanto iniciático para el cual él no necesitaba sino algunos signos, en prosa, en verso, en espíritu. Alguna palabra clave podía abrir ese registro en su memoria. Cuando esa amistad, por lo que fuese, se perdía, al ex amigo lo esperaban las tinieblas exteriores. Cuando había perdón o reconciliación, y Paz se reconcilió con muchos de sus adversarios, es que el amigo, aunque suspendido, nunca había dejado de serlo. Su reserva era ajena a las ruidosas efusiones, al estilo peninsular o a las familiaridades tan mexicanas que, como lo ha dicho Krauze, a Paz le recordaban a su padre, el Mexicano proverbial, devoto de esa Fiesta que lo entregó a la muerte por desmembramiento. Los momentos en que yo me sentí tocado por la gracia de su cariño fueron para mí muchos, y si fueron correspondidos es indecoroso suponerlo. En todo caso, en nada importan para una biografía de Paz. Sólo consigno, porque tiene que ver con su vida (él fue hijo de un alcohólico que se mató bebiendo) y con la mía (a los treinta años casi me mata mi propio alcoholismo), lo que me dijo, saliendo con Marie José, de la fiesta de mi primer matrimonio en marzo de 1990. Aquello se había convertido en una bacanal, y al ir yo a despedirlo tambaleante en la puerta y profiriendo insensateces, se retiró fulminándome: "Si sigue usted bebiendo como lo hace se volverá un *desalmado*."

La segunda y última pregunta es si Paz esperaba que algunos de los escritores de *Vuelta* escribiéramos su vida. Ignoro si lo habló con Krauze o con Sheridan. A los académicos dedicados a su obra, Paz los ayudaba y los acicateaba; sabía bien que algunos de nosotros, durante las reuniones mensuales de la revista, tomábamos notas mentales de sus recuerdos y opiniones, aunque rara vez las escribíamos en su presencia. De alguna manera, así lo deseaba él, sin decirlo, un poco como el general Emiliano Zapata le contaba

historias al licenciado Octavio Paz Solórzano, sin insinuarle que debía escribirlas pero acaso deseándolo. Quizá a su propia vanidad la nutriera verse rodeado de una tropilla de Boswells, pero calculo que le habría parecido intolerable que un libro sobre él se quedara a medio camino, como tantas veces pareció ocurrirle a este *Octavio Paz en su siglo*. Practicó Paz una generosidad infrecuente en el medio literario, al menos el mexicano: con mucha regularidad escribió sobre los jóvenes, fuesen pintores o escritores. Por ello me angustiaba la posibilidad de no compartir con los más jóvenes lo que he leído sobre él y aquello que me fue transmitido de viva voz por el poeta.

Yo sólo me propuse hacerlo tras su muerte, y contra este libro conspiraron escrúpulos de distinta naturaleza. Asumiendo el escrúpulo documental, la dispersión de su archivo, quedaba el de la cercanía de la persona en combinación con esas puertas del siglo XX que su propia muerte, para nosotros, cerraba. Paz estaba demasiado cerca, no sólo de quienes compartimos algunos pasajes de su vida y de su muerte, sino además de muchos mexicanos (y también hispanoamericanos, franceses, estadounidenses e indios, como corroboré en un homenaje en Nueva Delhi en octubre de 2002), quienes al admirarlo nos paralizábamos, como le ocurría a sus adversarios. No sólo los tirios, sino también nosotros, los troyanos, teníamos a su *Tiempo nublado*, título afortunado en una obra abundantísima en títulos esplendentes en francés y en inglés además de en español, como nuestro propio tiempo. Entendíamos a Paz y a sus combates, a la alianza hoy de ardua explicación entre historia y poesía, literatura y revolución, como cosa a la vez menuda y grandiosa, de todos los días.

Gracias a él nos sentíamos contemporáneos de la Revolución mexicana y de la Revolución rusa, del siglo de las vanguardias que se bifurcaron en guerra y sueño. Pero el tiempo pasaba y el siglo XX se fugaba a gran velocidad. No podía dejar que la oportunidad de escribir este libro pasa-

ra. Hubiera sido una renuncia a la comunidad de los amigos, al privilegio que recibí cuando él me eligió como uno más de los jóvenes escritores que lo acompañaron haciendo *Vuelta* durante su última década. “¿Qué es un clásico?”, se preguntaron, entre muchos, Sainte-Beuve y T. S. Eliot. Podría dársele una dimensión onírica a la pregunta clasicista. Yo sueño frecuentemente con Octavio. A veces está sano, a veces estragado por la enfermedad. Los sueños son realistas: nunca lo he soñado joven pues no tengo memoria de ese ser. Invariablemente, en mis sueños está vivo, aunque a veces escondido para evitar a la opinión pública o para distraerla, o escribiendo algo que exige el retiro. A veces habla de su propia muerte como de una imprecisión o de una mentira, lo cual sé bien que es un tópico soñado por muchos entre los deudos. Alguna vez lo soñé como lo vi una tarde de conspiración en 1992, sentado en el suelo de su departamento, con piernas cruzadas, cenando una tortilla española que Marie José nos ofrecía y hablándonos de otra cosa. Con un clásico siempre se sueña: está condenado a errar en torno a nosotros desde los sueños, desde “esa borrosa patria de los muertos”, como Octavio Paz la describió.

Christopher Domínguez Michael

Chicago, 18 de septiembre de 2013,
San Lorenzo de El Escorial,
3 de julio de 2014.